https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

SAN AMBROSIO

TRATADO DE LA VIRGINIDAD

Traducción, Prólogo y Notas del
P. SIMÓN ANDRÉS
BENEDICTINO DE SILOS

Serie
Los Santos Padres
Nº 16

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

PRÓLOGO

I. EL AUTOR DE ESTE TRATADO.- Es desconocida la fecha exacta del nacimiento de San Ambrosio, autor de este tratado. Dos se dan como probables: el año 333 y 340; este último se tiene como el más seguro. Nació en Tréveris, donde su padre ejercía el cargo de prefecto de las Galias. Al morir éste, se trasladó la familia a Roma y Ambrosio se puso al servicio de Sexto Petronio Probo (368-374). Pasados unos años en el Consejo de Petronio, prefecto de Italia, éste le nombró cónsul de Liguria y Enulia, de las que era metrópoli Milán. Por la muerte de Ausencio, obispo arriano, católicos y herejes se disputaron el nombramiento del nuevo obispo. Ambrosio asistió a la elección como gobernador para garantizar el orden, bien ajeno ciertamente de lo que allí le esperaba, pues, mientras exhortaba al pueblo a la concordia, un niño gritó: "Ambrosio, obispo." Los dos bandos corearon estas palabras, viéndose obligado a aceptar, si bien ensayó varios medios para impedirlo. El 30 de noviembre recibió el Bautismo -no era más que catecúmeno al ser proclamado- , y ocho días más tarde, el 7 de diciembre del 374, recibió la consagración episcopal. Lleno de méritos, murió el año 397.

Sus escritos, numerosísimos, tratan de los temas más variados; sobresalen los que se refieren a teología, moral y ascética, y son notabilísimos sus sermones y discursos como piezas oratorias. Por su ortodoxia y doctrina cuenta entre los grandes Doctores de la Iglesia.

II FORMACION INTELECTUAL DEL SANTO.- Su inesperada y rápida elevación al Episcopado le halló sin formación teológica, sin ciencia propiamente eclesiástica. Con humildad dice: "Empecé a enseñar antes de haber aprendido." Su formación juvenil fué la de los patricios de su edad: lectura de clásicos, ejercicios de retórica -en esa época, algo amanerada y pueril-, imitación, a veces servil, de los buenos autores. Así salió bien amaestrado en los secretos del arte literario. Fué un gran orador, perfecto conocedor de los últimos recursos para mover a las masas; de este arte se sirvió toda su vida. Abundan en sus escritos las reminiscencias de Virgilio y Cicerón; sobre todo, les imita en las magníficas descripciones del mar y del campo y toma con frecuencia anécdotas, costumbres de los animales, hechos fabulosos e historias románticas.

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

Ese bagaje literario y su oratoria le servían para cautivar al auditorio; pero se dió cuenta de que le faltaba el fondo y, para conseguirlo, trabajó incansable día y noche. Las Escrituras y los autores cristianos fueron sus compañeros inseparables; tal influjo produjeron en él, que sus escritos son un tejido de textos bíblicos y algunos de sus tratados como copia, en cuanto al fondo y la forma, de un autor eclesiástico, de suerte que San Jerónimo, sin nombrarle le llamó plagiario. Era San Ambrosio un enamorado de la Biblia; decía: "Para mí la Sagrada Escritura es la fuente de toda verdad, de toda belleza y la madre de la verdadera ciencia; si alguna se halla en los filósofos paganos es porque la copiaron de los libros santos." A ella recurría en sus dudas cotidianas, como a suprema ley que dirime todas las contiendas. Principalmente el Antiguo Testamento ejerció un influjo decisivo en su espíritu.

Mas, para no errar en materia tan delicada, quiso ponerse al corriente de la interpretación tradicional bíblica. Dos escuelas estaban entonces en boga: la oriental, que con preferencia buscaba en la Biblia el sentido espiritual, y la occidental, que se atenía al sentido literal.

Con ser San Ambrosio occidental y dotado del sentido práctico de los romanos, se inclinó, no obstante, por los maestros orientales, convencido de su superioridad desde el punto de vista especulativo, encontrando en ese espíritu sutil las armas preparadas para combatir a los herejes de su tiempo. Filón y Orígenes fueron sus maestros en la exégenesis bíblica, y San Atanasio, San Basilio, San Cirilo de Jerusalén, Dídimo, San Epifanio y San Gregorio Nacianceno, en el dogma.

III. DIVERSOS TRATADOS SOBRE LA VIRGINIDAD. -En sus tratados morales, recopilación de las materias predicadas al pueblo, que tomó de notas, reminiscencias y copias taquigráficas, y por haberlas escrito de prisa a ruegos constantes de su hermana Marcelina, virgen consagrada a Dios y maestra espiritual de otras muchas vírgenes, se nota falta de unidad, repeticiones, a veces frases que le salían en la improvisación de los sermones, explicables en aquellas circunstancias para mantener la atención del público o que hacían alusión a la festividad de día o a las lecturas que se hacían en los oficios litúrgicos, y que no se explican en los tratados. Ese descuido obedece a sus múltiples ocupaciones; además, como iban a manos de su hermana para su edificación, no se cuidó de limar algunas de esas deficiencias ni trabar entre sí los diversos discursos, pues aun sin esa perfecta sutura llenaban el fin que se proponía. Su

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

sistema hermenéutico, todo alegórico, hace muy difícil a veces sacar el verdadero sentido, que difiere mucho del literal; con todo, son tratados muy útiles para las almas. Estos escritos, lo mismo que sus discursos, están escritos con miras a levantar la moral de la sociedad de su tiempo y crear en Occidente la ascesis tan extendida en el Oriente. Obtuvieron éxitos resonantes y fué muy grande el número de jóvenes que, desde el Africa y otras remotas regiones, acudieron a oir al orador y muchas las que pidieron la imposición del velo virginal. Era tal el entusiasmo que despertaba en las muchedumbres, que las madres llegaron a prohibir a sus hijas acudir a los sermones del santo obispo. Su celo y su oratoria le atrajeron las iras y críticas de muchos de sus detractores.

El santo no era, con todo, un fanático, ni un moralista intransigente, ni un enemigo del matrimonio: es sereno, no obliga, aconseja siguiendo las enseñanzas del Señor y del Apóstol; con todo, prefiere la virginidad al matrimonio; ambos estados los juzga necesarios a la sociedad, el uno para elevar la moral y el otro para la conservación de la especie.

IV. DIVERSOS TRATADOS DE LA VIRGINIDAD. -El primero cronológicamente es el de Virginibus, traducido al español en Biblioteca Renacimiento, Madrid, 1914. Consta de tres libros, dirigidos a su hermana. Lo compuso en 377, a los tres años de su consagración. Al año siguiente escribió el de Virginitate, que hoy presentamos al lector. Como el anterior y los siguientes, es en su mayor parte fruto de su predicación; dícenlo las siguientes frases: "Como acabáis de oír en las lecturas del oficio divino, es de noche y pocos han asistido a las vigilias: seguramente que pocos ricos ayunaron ayer: aquí tenéis un pescador perito en el arte de pescar espiritualmente." Alude en estas palabras a Eusebio, obispo de Bolonia. Más adelante daremos un resumen del contenido de este tratado apologético -así le podemos llamar, ya que lo escribió para rebatir los argumentos en que sus enemigos se apoyaban para reprochar su predicación asidua en favor de la virginidad-, de los capítulos III-XII.

El de Viduis, compuesto en 391 y dedicado a una viuda que se disponía a contraer segundas nupcias, a quien el santo había aconsejado dejar el luto y reprimir las lágrimas excesivas por la muerte de su mario. Era de avanzada edad y tenía ya hijas casadas, y

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

para defender su conducta atribuía su determinación a consejos del santo; éste, para que no se le atribuyera semejante despropósito, hizo un elogio de la viudez, afirmando que era un estado inferior a la virginidad pero superior al matrimonio, y lo prueba con testimonios de San Pablo y ejemplos de viudas del Antiguo y Nuevo Testamento. Desaprueba la conducta de su dirigida, aunque sin condenar como pecaminosa su decisión, aunque sí como poco decorosa. Del 393 es el tratado de Institutione Virginis seu de Perpetuo Virginitate Beatae Mariae Virginis. En él condena el error de Bonoso, obispo de Sárdica, que negaba la perpetua virginidad de María. Habla, además, de las obligaciones de las vírgenes. Es un sermón predicado en la imposición del velo de virgen a una nieta de Eusebio de Bolonia; algunos creen se trata del obispo de esa ciudad, a que se refiere el santo en el capítulo XX de Virginitate. La Exhortatio ad virginitatem es otro sermón predicado en Florencia en 393, con motivo de la consagración de la basílica ambrosiana, en honor de los santos Vidal y Agrícola, mandada construir por la matrona Juliana; es una instrucción sobre la virginidad, porque se dirigía a tres hijas de la viuda Juliana, y que se inserta al de estas páginas.

Nota. -Los textos de la Sagrada Escritura son de la Vetus Latina y difieren en algunos casos de la Vulgata, aunque no en lo esencial; se hace esta aclaración para que nadie se extrañe de algunas variantes que podría hallar en la traducción.

FR. SIMON ANDRÉS
Silos, 7 de diciembre de 1942.

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

TRATADO DE LA VIRGINIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Cuéntase como famoso aquel juicio de Salomón (II Reyes, II, 16 y siguientes) cuando fué requerido por dos mujeres que pleiteaban para que él sentenciase. Una de ellas, al volverse mientras dormía, mató a su hijo y reclamaba el ajeno; la otra, con verdadero afecto de madre y libre de culpa, demandaba al hijo que por derecho la pertenecía. Como ambas defendían con tenacidad sus pretensiones llegó a ser dudosa la decisión del juez, pues no podía Salomón ser árbitro de un secreto interior, siéndole tan oculto el pensamiento de ambas. Ante la ambigüedad del caso, mandó que le trajesen una espada y, habiendo encomendado a sus servidores que simulasen su triste cometido, ordenó que fuese dividido el niño, para que cada una de las dos mujeres recibiese su parte. Al oír esto, la mujer que reclamaba el hijo ajeno no solamente se avino, sino que, dejando de lado todo afecto maternal, llegó a solicitar que se dividiese al niño, como el rey mandaba. La otra, por el contrario, como sabía que era su hijo, no temiendo tanto ser vencida como su orfandad y no mirando ya a su propia ayuda como al bien de su querido tesoro, comenzó a rogar que se entregase entero el niño a la madre extraña, mejor que, dividido, recibiese la mitad la verdadera madre.

Por lo cual Salomón, que no investigaba el afecto interior con poder divino, sino con razones humanas, juzgó se debía entregar el niño a la que el propio dolor manifestaba ser la verdadera madre, y que, por el contrario, a la otra, a quien no movía a compasión la muerte segura del niño, debía privársele del título de madre, ya que había comprobado que no lo era por la carencia de sentimientos de piedad.

No estuvo oculta la verdad; pero por la simulación de una de ellas dudó el juez, como también estuvo dudosa la verdadera madre de la solución final del pleito, ante la incertidumbre del juicio.

Si bien este suceso fué una figura para los tiempos pasados, se escribió, no obstante, para nuestra enseñanza, con el fin de que

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

supiésemos que todo lo fingido se puede descubrir y todo lo engañoso aclararse.

[Como no me propongo en este momento hablar de las mujeres], estas dos litigantes representan la fe y la tentación. En los comienzos toda tentación es causa de error, pues, una vez que por la mala inclinación de la carne y por la tibieza del alma perdió a su hijo, se esfuerza por robar los frutos ajenos. De donde resulta que mientras la tentación litiga vacila la fe, hasta tanto que la espada de Cristo venga a distinguir los afectos ocultos. ¿Cuál es esa espada de Cristo? Es aquella de la está escrito: *He venido a arrojar la espada en el mundo.* (Mat., X, 34.) También es esta espada aquella de la que se dice: *Y una espada traspasará tu alma.* (Luc., II, 35.) Reconoce, pues, cuál es este cuchillo y esta espada. *Es* -dice- *la palabra afilada y bien templada y más penetrante que la espada más aguda, que penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las mismas coyunturas y hasta la medula de los huesos.* (Hebreos, IV, 12.) Espada buena, espada inmejorable es la palabra de Dios, pues escudriña el corazón y los riñones y discierne entre la verdad y el error, que no mata a los que traspasa, antes les conserva la vida.

Baste lo dicho acerca del libro de los Reyes, acerca de la contienda ventilada, sobre la historia narrada, sobre la conciencia dudosa, que por la fe recobra la certidumbre.

Ahora comentemos lo que se ha leído del libro de los Jueces. Pues no conviene que se oiga el relato de un parricidio como si no tuviera importancia. Volvamos a recordar la historia.

CAPÍTULO II

Fué Jefte juez de los judíos. Empeñado en encarnizada lucha de muy problemático resultado, temeroso de ser vencido, hizo el siguiente voto (Jueces, XI, 30-31): que si lograba rechazar al enemigo ofrecería en holocausto a Dios, causa principal de la victoria, lo primero que se le presentase dentro del dintel de su morada. Y

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

sucedió que, ganada la batalla y derrotados sus adversarios, volvió a casa. Su hija, desconocedora del voto, movida por su filial afecto, le salió al encuentro a la puerta, y en el mismo instante le vino al padre el recuerdo del voto hecho, y el tener que ejecutar la promesa le arrancó este suspiro: *¡Ay, hija mia, me has perdido! Hablé de ti al Señor.* Al oír estas palabras, la hija replicó: *Padre: si con respecto a mi abriste tu boca ante el Señor, ejecuta al punto lo que de tu boca salió.* (Juec., XI, 35 y sigs.) Pidióle, sin embargo, dos meses de tregua para subir al monte y llorar allí su virginidad. Transcurridos éstos. volvió a la casa paterna. El padre cumplió su voto; así se han de entender estas palabras, aun cuando la Escritura Sagrada no señale su ejecución ni haga mención del parricidio.

Pero, ¿es que apruebo esta conducta? De ningún modo; mas, aunque no apruebo el parricidio, llamo la atención sobre el respeto que se debe tener a la promesa hecha. En efecto, se dijo a Abrahán: *Ahora veo claro que amas a tu Dios y Señor, pues no has perdonado a tu hijo único.* (Gén., XXII, 12.) Aquí tienes una señal de como no se ha de prevaricar temerariamente. Pero que Dios no apruebe el parricidio lo hallamos consignado en el mismo sagrado texto, cuando en lugar del hijo se sustituye un carnero (Gén., XXII, 13), para que muera. Tuvo, pues, Jefte un ejemplo en que aprender que Dios no se deleita en la efusión de sangre humana. El mismo mensajero divino enviado a Abrahán enseñó que la vida de los hijos se ha de posponer a los deberes que impone la religión: que se han de ofrecer a Dios los hijos, pero sin matarlos. Puesto que la hija fué tan solícita en cumplir el voto paterno, ¿por qué el padre no dudó cometer el parricidio? Y siendo ella tan prudente para no inducir al padre a engaño, ¿por qué el padre no evitó la muerte de la hija?

Alguno dirá: ¿Cómo es que Dios no permitió el parricidio a Abrahán y aquí toleró que se ejecutase? ¿Por ventura es Dios aceptador de personas? No, pero lo es de los méritos y de las virtudes. Se trataba, ciertamente, de caso difícil y debió Dios manifestar de algún modo qué había que hacer y en los demás casos atenerse a la experiencia. Mas donde había ya un precedente no juzgó necesario un

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

aviso divino, pues ya tenía a qué atenerse. O tal vez porque no era una misma la medida del mérito, por eso tampoco lo fué la conducta de Dios.

El padre se lamentó, la hija lloró y ambos dudaron de la divina misericordia. Por el contrario, no manifestó Abrahán ese dolor ni tuvo tampoco en cuenta el amor paterno. Tan pronto como oyó el divino mandato, ni por un momento dilató el sacrificio, sino que, con máxima diligencia, presentó el obsequio perfecto. Ni dudó Isaac (Génesis, XXII, 3) cuando, con paso desigual, seguía las huellas del padre; ni derramó lágrimas al atarle ni pidió prórroga al ser ofrecido. Y por este motivo, la misericordia fué mayor donde fué más pronta la fe. Con razón no lloró la acción del padre el que era la risa de la madre (Gén., XXII, 6). En recompensa de esta alegre religiosidad, en su lugar se ordenó el sacrificio del carnero, ya que no había retrasado ni un momento su propia inmolación, ni dudado de la divina misericordia, ni se había preocupado de su propio sacrifico. No hubo nadie que impidiese amor tan cruento, porque la ejecución se ajustaba a la promesa.

CAPíTULO III

Se ejecuta un sacrificio cruento y nadie se opone; se propone el sacrificio de la castidad y hay quien lo prohibe. El padre prometió un parricidio y se cumple; un padre hace voto de la virginidad de su hija y se envidia el amor de una oblación tan piadosa. En aquella historia, la hija dolorida ofrendó su propia sangre para cumplir la promesa del padre; aquí el sacrificio de la castidad no se cumple por promesa del padre, sino por voluntad propia de la hija. Porque hablo de la virginidad, me culpan. Y ¿de qué? ¿De que prohibo los matrimonios ilícitos? Pues entonces hagan reo del mismo delito a Juan Bautista. Y como tal vez no haya otro cargo contra mí, condéneseme únicamente por aquello en lo que fué justificado el profeta. ¿Por ventura hemos dado a conocer al autor de esta conducta para sonrojarle? Haced

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

memoria, a ver si fué otra la causa de su martirio. Sin duda, la causa de su martirio fué ésta: *No te está permitido -dijo- tener a esa mujer por esposa.* (Mateo, XII, 4.) Si esto se dijo de la esposa de un hombre, ¡con cuánto mayor motivo de una virgen consagrada a Dios! Y si esto se dijo a un rey, ¿cuánto más no se podrá decir a personas privadas? Gracias a Dios que entre vosotros no hay ningún Herodes; ¡ojalá no hubiese tampoco ninguna Herodias!

Entonces, ¿no me será lícito hablar de la virginidad? Pues, ¿cómo está escrito; *Amparad al huérfano y defended a la viuda?* (Isaías, I,17.) Y ¿por qué se escribió: *Dios es el padre de los huérfanos y el juez de las viudas?* ¿Sería digno, según esto, dejar abandonadas y, más aún, condenar a las consagradas a Dios por la castidad y por la virginidad?

Sin embargo, entre los mismos gentiles se tuvo en gran veneración la virginidad observada por las vestales en los templos, y eso que entre ellos no había mérito en su piedad ni virginidad de corazón: sólo se ensalzaba la virginidad material. Nadie prohibe el que las vírgenes asistan a los sacrificios profanos. Y ¿se va a prohibir la virginidad en la Iglesia de Dios? Entre ellos se las obliga a cumplir lo que no las enseñan a practicar.Y ¿entre nosotros se va a prohibir lo que no está vedado enseñar? Ellos, con premios, las apartan del matrimonio. Y ¿nosotros las obligaremos con injurias a contraerlo? Ellos usan de la violencia para ganárselas. Y ¿nosotros las violentaremos para que no se consagren a Dios? ¿Y se podrá exigir tanto heroísmo a los sacerdotes que no salgan en defensa de la virginidad, aunque fuera preciso morir por ello?

Considerad que las vírgenes merecieron las primeras ver a Jesucristo resucitado; en efecto, esto nos enseña la lectura que ahora acabamos de oír. Pues dice San Juan: "Ellas observaban cómo colocaban el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en un sepulcro nuevo." (Juan, XIX, 41-42.) O como narra San Mateo en su Evangelio: "Cómo ponía José de Arimatea el santo cuerpo en su propio sepulcro." (Mat., XXVII, 25 y sigx.) Muy bien llamó San Mateo nuevo al sepulcro, para que no se creyese que otro distinto

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

había resucitado saliendo del sepulcro viejo. Y también, según el sentido espiritual, está muy bien lo que dice San Juan, que fué sepultado Jesús en el sepulcro del justo, porque Jesucristo resucitó de entre los muertos con el nuevo amor del justo. Aunque, según el sentido literal, fué conveniente que recibiese sepultura en un sepulcro ajeno, pues el Señor no lo buscó suyo propio. Búsquense sepulcro los que están sometidos a la ley de la muerte; pero el vencedor de la muerte no lo necesitaba: no se preocupaba del sepulcro mortal el que venía a arrebatar los trofeos a la muerte. Vió María la resurrección de Cristo, la constató la primera y creyó en ella. La vió María Magdalena, aunque ésta todavía dudaba.

CAPÍTULO IV

Es de notar que este pasaje tiene gran importancia para que no dudéis, !oh vírgenes!, de la Resurrección del Señor. En primer lugar, el mérito de vuestra castidad no consiste sólo en la virginidad corporal, más bien en la pureza de la integridad del alma; en segundo lugar, que se prohibe a María Magdalena tocar al Señor, porque flaqueaba en la fe de la resurrección. Toca a Cristo el alma que cree en El.

María Magdalena estaba fuera del monumento llorando. (Juan, XX, II.) La que está fuera, llora; la que está dentro desconoce el llanto. Y llora porque no ve el cuerpo de Cristo: piensa que ha desaparecido, porque ella no lo ve. Pues bien: María se queda fuera; no así Pedro y Juan. En fin, ellos, que fueron corriendo, entraron y por eso no lloraron; al contrario, volvieron gozosos. La que no entró, lloró; no creyó: sospechó que con engaño le habían robado, y aun habiendo visto a los ángeles, no juzgó suficiente prueba para creer. Y por eso le dicen los ángeles: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?* Esto le dicen los ángeles y lo mismo le repite después el Señor con idénticas palabras, para que sepáis que las palabras de los ángeles son mandatos del Señor.

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

Finalmente, como he dicho, le dirigió las mismas palabras: *Mujer, ¿por qué lloras? ¡Aquien buscas?* Mujer es en cuanto que no cree, porque el que cree se convierte en varón perfecto y llega a la plenitud de Jesucristo. (Efesios, IV, 13.) La llama *mujer* no tanto por significar su sexo como para reprender la tardanza en creer. Y en verdad que era mujer la que así dudaba, porque la Virgen ya había creído. *¿Por qué lloras?* Es decir, tú eres la causa de tu llanto, tú la autora de tus lágrimas, porque no crees en Cristo. Lloras porque no ves a Jesucristo; cree y verás. Cristo está presente y nunca está lejos de los que le buscan. *¿Por qué lloras?* Como si dijera; no se necesitan lágrimas, sino una fe pronta y digna de Dios. No pienses en las cosas mortales, y no llorarás; no pienses en las cosas perecederas, y no tendrás motivos para derramar lágrimas. Pues, ¿por qué lloras en lo que otros hallan motivo de gozo? *A quien buscas?* O sea: ¿No ves que está presente Cristo? ¿No consideras que Cristo es el poder de Dios, que Cristo es la sabiduría de Dios, que Cristo es la santidad, que Cristo es la castidad y la virginidad, que Cristo nació de Virgen, que procede del padre y está con el padre y siempre en el Padre, nacido, no creado ni de inferior naturaleza, más siempre amado, verdadero Dios de verdadero Dios?

Robaron -dice- *al Señor del sepulcro y no sé dónde le pusieron.* (Juan, XX, 15.) Te equivocas, mujer, cuando piensas que manos extrañas robaron el cuerpo de Cristo del sepulcro y que no resucitó por su propio poder. Nadie le arrebató el poder de Dios, nadie la sabiduría, nadie la venerable castidad. No es posible que roben a Cristo del sepulcro del justo, como tampoco del corazón de su Virgen ni de lo íntimo del alma piadosa, y si hubiese algunos que intentasen robarle de allí, no lo conseguirían. Entonces le dijo el Señor: *María, mírame.* (Juan, XX, 16.) Mientras es incrédula es mujer; cuando comienza a convertirse es llamada María, es decir, toma el nombre de aquella que dió a luz a Cristo; es el alma que engendra a Cristo. *Mírame*, le dice. El que mira a Cristo se corrige; por el contrario, anda descarriado el que no ve a Cristo. Y por eso, volviéndose, ella miró y dijo: *Rabí*, que quiere decir *Maestro*. Quien mira se convierte; el que

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

se convierte ve con más perfección: quien ve, aprovecha. Y por eso llama al Maestro, al que ya creía muerto; habla al que daba por perdido.

No me toques, la dijo; es decir, aunque estos toques sean para corregir la incredulidad, con todo no toca a Cristo el amor que duda. *No me toques*, la dice. No pongas en duda la virtud de Dios, la sabiduría de Dios, la pureza digna de todo respeto y la castidad digna de todo honor. Más bien, *vete a mis hermanos*. ¿Qué otra cosa quiere decirla con esto, sino: ya no llores fuera? Vete a los elegidos y santísimos sacerdotes y diles: *Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a Vuestro Dios*. Que es como decirla: Mujer, no discutas más, sino pregunta a los más perfectos; ellos te enseñarán la diferencia que hay entre mi Padre y vuestro Padre. Pues el que según mi generación divina es mi Padre, ese mismo es vuestro Padre por adopción. Al decir *mi Padre*, el Hijo de Dios se hace distinto de las criaturas, y diciendo *vuestro Padre*. significa la gracia de la adopción espiritual. Lo mismo que al decir *mi Dios*, nos manifiesta el misterio de la Encarnación, pues al que tiene como Padre según la naturaleza divina le llama Dios por la naturaleza hamana de que se ha revestido, y cuando dice *vuestro Padre* manifiesta el fruto de la redención.

CAPÍTULO V

En verdad que nuestro Dios se hizo nuestro Dios cuando padeció Cristo, y desde entonces fué cuando, por omitir otras cosas, las vírgenes están dispuestas a morir por conservar la integridad de su pureza. No me refiero a casos particulares ni a personas determinadas; donde reina la gracia de Dios, que reine también la paz del Señor. Solamente vengo a defenderme. No reprendo públicamente a nadie. He sido acusado y, si no me equivoco, muchos de mis acusadores están aquí presentes. Quiero refutar sus falsas apreciaciones más que publicar sus nombres. Ahora bien, esa envidia proviene del crimen de que aconsejo la castidad. El que no aprueba mi conducta, él mismo se

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

delata. Alguien me dice: Es que predicas la virginidad y persuades a muchas jóvenes. Ojalá me probases y convencieses con hechos que esto es cierto. No temería tu envidia si reconociese ser cierta la eficacia de mis palabras. Ojalá que, en vez de zaherirme con palabras, me adujeseis ejemplos. Temo se piense de mí que he buscado aduladores que me alaben.

Otros dicen: Prohibes contraer matrimonio a las jóvenes aspirantes y a las ya consagradas por voto sagrado. !Quien me diera poder ganar también a las que están para casarse! !quién me diera, además, poder trocar el yugo nupcial por el sagrado velo de la virginidad! Pues qué, ¿no es indigno que a las vírgenes consagradas se las separe con violencia de los sagrados altares para llevarlas al matrimonio? Y a quienes es lícito elegir esposo, ¿no les va a ser lícito preferir a Dios? según esto, mi suerte es diferente de los demás, porque para mí es motivo de confusión lo que siempre se consideró como virtud del sacerdote: el arrojar la semilla de la pureza y fomentar los entusiasmos por la virginidad.

CAPÍTULO VI

Ahora pregunto yo: ¡Es malo, es una novedad o algo inútil lo que yo enseño? Si es malo, malos son entonces los deseos de todos; mala la vida de los ángeles, a la que imita la vida futura de la resurrección, pues los que no se casan ni toman mujer *serán como los ángeles de Dios en el cielo*. (Mat. XXII, 30.) El que reprende esta conducta condena las esperanzas de la resurrección. Ahora bien, no puede considerarse como malo lo que se ha propuesto como premio a los hombres, ni puede desagradar lo que es figura de aquello, cuya realidad está ya poseída por Cristo y que nosotros ambicionamos. Queda probado que no es malo. ¿No será una novedad? soy el primero en condenar las novedades que no ha enseñado Jesucristo, porque Cristo es el camino para los fieles. ahora bien, si Cristo no enseñó lo que yo aconsejo, también yo lo juzgo detestable. Vamos a

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

examinar si Cristo enseñó la virginidad o si, por el contrario, creyó que se debía reprobar. Dice: *Hay continentes voluntarios por el reino de los cielos.* (Mat., XIX, 12.) Se trata, pues, de un combate noble, en el que se lucha por la consecución del reino de los cielos. En estas palabras enseño Cristo que existe un deber de procurar el cultivo esmerado de la castidad. De esas palabras concluyeron los Apóstoles que el Señor la prefería a las demás virtudes, y dijeron: *Si ésta es la suerte del hombre con su mujer, es mejor no casarse.* (Mat., XIX, 10.) Al decir esto quisieron manifestar cuán pesadas son las cargas que impone el matrimonio y prefirieron la castidad perfecta. El Señor ya sabía que la virginidad se predicaría a todos y pocos la seguirían; por eso añadió: *No todos comprenden esta palabra, sino únicamente aquellos a quienes les es concedido.* (Mat., XIX, 11.) Es decir, que la virginidad no es para todos ni virtud ordinaria ni es una indulgencia para los débiles, sino una virtud para los valientes y esforzados. Finalmente, al decir *hay continentes voluntarios por el reino de los cielos*, quiso manifestar que esa resolución no es efecto de una virtud vulgar, y por eso añadió: *El que pueda entenderlo, que lo entienda.* (Mat., XIX, 13.) Después de pronunciadas estas palabras le presentaron, para que los bendijera, a unos niños inocentes con aquella inocencia propia de su edad. De aquéllos es, dice, el reino de los cielos, que por no haber cometido impureza alguna, han vuelto a la castidad infantil, como si nuevamente se hubiesen revestido de la naturaleza de los niños. Por lo dicho se ve que queda la virginidad autorizada por la palabra del Señor, y por los consejos divinos, merecedora de todos los entusiasmos para conseguirla. Imitemos lo que esta enseñanza evangélica nos propone. Como en los anteriores versículos nos recordaba Jesús que no es lícito romper el lazo conyugal más que en caso de fornicación, del mismo modo nos habla en los siguientes de la gracia y precioso don de la virginidad (Mat., XX, 9), para enseñarnos que no se ha de condenar el matrimonio, ya que es cosa permitida, aunque como cosa mejor es preferible la castidad. ¡Quién incurrirá en un error tan craso que condene las nupcias? Y, al mismo tiempo, ¿quién será tan necio que desconozca el

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

peso abrumador del matrimonio? Pues *la mujer soltera y la virgen piensan en las cosas del Señor para ser santas en cuerpo y en alma. Por el contrario, la casada piensa en las cosas del mundo, en cómo agradar al marido.* (I Cor., VII, 34.) Pero además de estos inconvenientes, aunque no peque casándose, sentirá con todo el tormento de la carne, pues son violentos los dolores del parto y no pequeñas las preocupaciones de la crianza y la educación de los hijos. Ya les previno antes el Apóstol para que nadie esquivase estas molestias cuando se presentaren, pues muchas, cuando sufren los dolores del parto, dicen que renuncian al matrimonio; muchos, llevando con pesadumbre las cargas matrimoniales, se dejan robar el amor a la esposa por otro amor bastardo. Por eso el Apóstol les dijo: *¿Estás ligado con mujer? No te divorcies.* (I Cor., VII, 27.) Y dice muy bien *estás ligado*, pues el hombre y la mujer se unen con un lazo de amor y mutuamente quedan atados con las cadenas del amor.

Buenas son, pues, las cadenas del matrimonio, pero al fin cadenas; bueno es el matrimonio, pero unce al yugo, al yugo del mundo, de tal manera que la obliga a agradar a su marido antes que a Dios. Son buenas, a su vez, las heridas del amor y preferibles a los besos, *pues más útiles son las heridas producidas por el amigo que los besos del enemigo.* (Prover., XXVII, 49.) Lo vemos, además, en esto: Pedro hiere (Mat., XXVII, 51), Judas besa (Mat., XXVI, 49); a éste el beso le condena, a aquél la herida le enmienda: con el beso traidor de Judas se mezcla el veneno de la traición; con las lágrimas de Pedro se lava la culpa. Y para significar Salomón lo buenas que son las heridas del amor, dice la Iglesia en el Cantar de los Cantares: *Mirad, yo he sido herida de amor.* (Cant. II, 5.) Así, pues, nadie, ni el que eligió esposa, desprecie la virginidad, ni el que abrazó la virginidad condene el matrimonio, pues a los que siguen esta conducta, o sea, a los que se atreven a disolver el lazo matrimonial, ya hace tiempo los condenó la Iglesia. oíd lo que la esposa dice: *Ven, hermano mío; salgamos al campo, descansemos en los castillos y muy de mañana levantémonos para ir a la viña "para ver si ya florecieron las vides".* (Cant. VII, 12-13.) La Iglesia es tierra fecunda de muchas clases de frutos. Aquí

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

contemplas los pimpollos de la virginidad, que rompen en flores; allí, como en campos silvestres, ves la viudez muy estimada por su majestuosa gravedad, y más allá admiras cómo la mies de la Iglesia llena las trojes, repletas con la abundante cosecha del matrimonio, y hace rebosar los lagares de Jesucristo con los frutos de la vid fecundada, lagares en los cuales los hijos del matrimonio están pletóricos de vida.

CAPÍTULO VII

No es, pues, ni malo ni nuevo el empeño de consagrarse a Dios. Veamos si se le juzga inútil. He oído a algunos que afirman que con la virginidad se acaba el mundo, decrece el género humano y disminuye el número de casamientos. Y pregunto: ¿Quién ha habido que haya buscado esposa y no la haya hallado? ¿Cuándo se ha visto que se hayan suscitado guerras por causa de una virgen? ¿Cuándo, jamás, ha sido muerto nadie por causa de una virgen? Al contrario, sucede esto por causa de los matrimonios, que mueven al adulterio y se lucha para apresar al raptor. Esto ha sido siempre el mal de los Estados. nadie ha sido condenado por motivo de una virgen. Porque el castigo no retiene a la virgen en la profesión de la castidad: es la religión la que la fomenta y la fe la que la conserva.

Si hay alguno que piensa que con el voto de castidad disminuye el género humano, que se fije cómo donde hay menos vírgenes hay también menos hombres. Mirad cuántas vírgenes se consagran anualmente en Egipto, en Oriente y en Africa. Pues bien, entre nosotros es menor la natalidad que entre ellos el número de vírgenes. Por lo que ocurre en el mundo se colige que no es inútil la virginidad, y más todavía si tenemos en cuenta que por medio de una Virgen nos vino la salvación, que había de fecundar al mundo romano.

Pero si aun persiste alguno en prohibirlo, que se oponga también a que haya esposas honestas, pues más fecundas pueden ser siendo incontinentes. Que no guarden fidelidad al esposo ausente para no

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

perjudicar a la prole posible y dejar pasar la edad hábil para tener familia.

Pero con este proceder, dirán otros, se dificulta más la posibilidad de que los jóvenes hallen esposa. ¡Y qué, si lo contrario fuese más fácil? Voy a procurar entretenerme unos momentos con los que piensan que se debe prohibir la virginidad. Pero primero sepamos quiénes son éstos. ¿Son los que ya tienen esposa o los que no la tienen? Si son los que ya la tienen, no se inquieten, pues sus mujeres ya no pueden ser vírgenes; si son los que no la tienen aún, no tomen como ofensa el que piensen casarse con la que no aceptaría matrimonio con nadie. ¿O, por ventura, son padres que están preocupados por acomodar a sus hijas los que llevan a mal que se consagren las vírgenes a Dios? Ni éstos tienen por qué temer si las jóvenes siguen mi consejo. Entre pocas, elegirán más pronto las suyas.

Otros dicen que se ha de esperar a que tengan más edad las jóvenes para recibir el velo. Conforme en que el sacerdote debe usar de cautela para no velar inconsideradamente a una doncella. Que espere en buen hora el sacerdote, que espere a que tenga edad, pero la edad de la fidelidad y del pudor. Que espere a la madurez de la modestia, examine si tiene las canas de las buenas costumbres, la senectud del bien obrar, los muchos años de la castidad y su determinación de ser virgen; además, si soporta de buen grado la discreta vigilancia de la madre, si es parca en sus amistades. Cuando esté adornada de todas estas cualidades no faltan a la virgen las canas de la edad avanzada; pero si le faltasen éstas, que se difiera en buen hora su consagración, considerando que es más joven en costumbres que en años.

No se rechaza a la virgen porque sea más o menos joven, sino según el deseo que la anima. En efecto, no hizo recomendable a Santa Tecla la edad, sino la virtud. y ¿para qué me he de cansar en aducir más pruebas, siendo así que para consagrarse a Dios toda edad es hábil con tal que sea perfecta en Cristo? En fin, afirmo que no dan la plenitud a la virtud los años, sino que es la virtud la que perfecciona

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

la edad. No te extrañe el que hayan profesado la virginidad jóvenes, cuando leemos que jovencitas murieron mártires. Está escrito: *De boca de los niños y de los que aun maman has recibido una alabanza cumplida* (Salmo VIII, 3). ¿hemos de dudar que un joven es capaz de guardar la continencia en su adolescencia, cuando el niño tiene valor para morir por Cristo? ¿Y juzgamos increíble que doncellas casaderas sigan a Cristo hasta el reino de los cielos, cuando también le seguían los niños en el desierto, como lo leemos en el Evangelio, que fueron saciados con cinco panes cuatro mil hombres, sin contar, dice, *niños y las mujeres?* (Mat., XIV, 21).

No apartéis, pues, de Cristo a los niños, poque también ellos sufrieron el martirio por Cristo. *De estos es el reino de los cielos* (Mat., XIX, 14). El Señor les llama. ¿Y tú lo impides? De ellos, en efecto, dice el Señor: *Dejadles que vengan a Mí. No apartéis a las jóvenes de Cristo,* pues de ellas está escrito: *Por eso las doncellas te amaron* (Cant. VIII, 2). *y te condujeron a la casa de su madre* (Cant. VIII, 2). No; no oséis tampoco separar a los niños del amor de Cristo, a quien cuando aún estaban encerrados en el claustro materno ya daban testimonio de El con profético regocijo (Luc., I, 14).

CAPÍTULO VIII

Desde el comienzo de la Iglesia ya buscaban a Jesús las turbas. Y ¿por qué? Porque, dice el Evangelio, *poniendo sobre ellos sus manos, quedaban curados* (Luc., IV, 40). Para curar no hay ni tiempo ni lugar determinados. En todos los lugares y tiempos se ha de aplicar la medicina. Dentro de casa es bendecida por el ángel María (Luc., I, 28); estando dentro de casa es ungido David como profeta (I Reyes, XVI, 3). En todos los lugares cura Jesús: cuando va de camino, en casa, en el desierto. En el camino quedó curada la que tocó el ruedo de su vestido (Mat., IX, 2); en casa del príncipe de la sinagoga resucitó a su hija (Marc., V, 41); en el desierto fué sanada una multitud de enfermos. Pues dice así el Evangelio: *Cuando ya se ponía*

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

el sol, todos los que tenían enfermos de diversas dolencias los llevaban a Jesús, y El, imponiéndoles las manos, les curaba (luc.,IV, 40). Curaba, pues, y curaba en el desierto y a la puesta del sol, y les curaba imponiéndoles las manos para manifestar con ello que era Dios y al mismo tiempo hombre. No en vano se dice que, una vez amanecido, le buscaban las turbas.

En esto veo un orden determinado. Al ponerse el sol son llevados los enfermos a Jesucristo; ya amanecido, le buscaban las turbas. Y en efecto, ¿cuándo, sino durante el día, se busca a Cristo? Porque el que anda en la luz no se aparta de Cristo. Cuando todavía era de noche se oían los gemidos de los enfermos; por el contrario, al clarear el día es ya la fe del pueblo y la alegría de los sanos para que se cumpliese lo que está escrito: *Se prolongarán por la tarde los gemidos, mas por la mañana las alegrías* (Salm. XXIX, 6). ¿Qué mayor ventura para el pueblo que pueda seguir él también a Cristo al desierto?

Con lo cual quiere enseñarnos que en el varón perfecto no debe existir la soberbia, pues El no rehuía tanto la muchedumbre de la gente como la jactancia en el obrar. Así también nosotros, si deseamos ser curados o si ya merecimos la salud, lejos de nosotros la lujuria, lejos la lascivia, como colocados en el desierto de esta vida y en una tierra estéril, sigamos a Cristo, que huye de las delicias del cuerpo.

Sigámosle durante el día: la Iglesia tiene día, el día que vió Abraham y se alegró (juan, VIII, 56); sigamos, pues, a Jesús durante el día, pues en las noches no se le encuentra. Dice la Escritura: *En mi cama, durante la noche, busqué al que ama mi alma; le busqué, pero no le encontré; le llamé y no me escuchó* (Cant. III, 1).

Tampoco se halla a Cristo en las plazas ni en las calles, pues ni en las plazas ni en las calles le pudo hallar la que dijo: *Me levantaré, iré, recorreré la ciudad, la plaza y las calles y buscaré al que ama mi alma* (Cant. III, 2). No nos cansemos en buscar a Cristo en aquellos parajes donde no le podemos encontrar. Cristo no es de los que andan de ronda. Pues Cristo es la paz, en la plaza hay disputas; Cristo es la justicia, en la plaza reina la injusticia; Cristo es laborioso, la plaza es

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

el lugar del ocio sin provecho; Cristo es caridad, la plaza es el lugar de la murmuración; Cristo es la fé, en la plaza tienen lugar los engaños y perfidias; Cristo está en la Iglesia; en la plaza, los ídolos. Que aquella viuda de que hablamos en otro libro ("De viduis", cap. 9 y sigs.) se dé cuenta que mi ánimo, al usar aquel lenguaje duro, no fué para reprenderla, sino para darle un consejo caritativo, que no fuí áspero, sino celoso, y para que reciba la gracia del perdón y sepa que en la Iglesia es donde se santifica la viuda y en la plaza donde se pervierte. Huyamos, pues, de las plazas; huyamos de las calles.

Se muy cauto para que la prudencia te guarde de la mujer ajena y malvada..., pues mira desde las ventanas de su casa a las calles (Prov., VII, 4 y sigs.). Huyamos de las calles, pues no es sólo un baldón para ti no haber encontrado al que buscas,sino que también, las más de las veces, el no haberle buscado donde conviene será para ti una herida, como es haberle buscado en casa de aquellos hombres que a sí mismos falsamente se llaman doctores o haberle buscado más con desenvoltura que con pudor.

Así, pues, andemos alerta, no sea que, como sucedió a aquella alma escogida, nos encuentren los serenos que rondan las calles de la ciudad: *Me encontraron* -dice- *los serenos que rondan la ciudad, me golpearon, me llenaron de heridas y los guardianes de las murallas me arrebataron el manto* (Cant. V, 7). No en sí, hijas, no en sí, vuelvo a repetiros, es herida la Iglesia, sino en nosotros. Cuidemos, pues, que nuestra caída no cause daño a la Iglesia; que nadie nos arrebate la capa, esto es, la vestidura distintiva de la prudencia y de la paciencia, de las cuales nos despoja la molicie de otros vestidos. *Pues los que visten vestidos muelles viven en los palacios de los reyes* (Mat., XI, 8). Pero a nosotros nos dió Cristo la capa con la que cubrió a sus apóstoles y a su propio cuerpo finalmente, al mandarte que entregues también la capa, si alguien te pide la túnica (Mat., V, 40) quiere decir que le entregues el vestido de tu buen ejemplo y como que cubras con el manto de tu prudencia al que antes estaba desnudo.

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

CAPÍTULO IX

Busquemos, pues, hijas mías, busquemos a Cristo allí donde le busca la Iglesia, en los montes del buen olor, montes que despiden, desde las cumbres de los méritos, el suave perfume de la vida realzada por las buenas obras. *Huye, hermano mío, y hazte semejante al ciervo y, como el cervatillo, sube a los montes aromáticos* (Cant. VIII, 14). Pues el que hipnotizado por la mirada astuta de la serpiente y huyendo de los perros y atacado en el suelo por las serpientes que en él se arrastan, no sabe vivir más que en las alturas de las virtudes, no sabe morar más que entre aquellas hijas de la Iglesia que pueden apropiarse las siguientes palabras: *Somos el buen olor de Cristo para Dios* (II Cor., II, 15). Pero para algunos este olor es olor de muerte en lo que mueren; para otros es olor de vida: para aquellos ciertamente que, con fe viva, aspiran el olor de la resurrección del Señor.

Estos montes de los aromas son las almas que recibieron el cuerpo de Jesús y le envolvieron entre sábanas con aromas (Juan, XIX, 40), pues todos los que creyeron que Jesús murió, y que fué sepultado, y que resucitó, subieron al monte más encumbrado de la fe por las alturas de las virtudes. ¿A dónde, pues, se busca a Cristo? Ciertamente, en el corazón del sacerdote prudente.

Y ya que, hablando del desierto, hemos tomado ocasión para decir lo que precede, dónde hay que buscarle nos lo manifiesta El mismo también cuando dice: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. Como el lirio en medio de las espinas* (Cant. II, 1-2). he aquí otro lugar en donde suele hospedarse el Señor; más bien no es uno sólo el lugar, son muchos. *Yo* -dice- *soy la flor del campo*, porque frecuenta la abierta simplicidad del alma casta, y *el lirio de los valles*, pues Cristo es la flor de la humildad, no de la lujuria ni de los placeres ni de la lascivia, sino la flor de la sencillez, de la humildad. *Como el lirio entre las espinas*. ¿No es entre las asperezas de los trabajos y los quebrantos del alma que se yergue la flor del buen olor, ya que Dios se aplaca con el corazón contrito?

Este es, hijas mías, el desierto que conduce al reino; éste es también el desierto que florece como el lirio, según lo que está escrito: *Alégrate tú, estéril; salta de gozo tu desierto y florece como*

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

el lirio (Isaías, XXXV, 1). Hijas mías, en este desierto empieza a extender los brazos de sus obras y a levantar a Cristo-Dios aquel árbol bueno y fecundo, que produce buenos frutos (Mat., VII, 17).

A semejanza de ese árbol produzcan frutos los árboles de nuestro bosque, *prorque como el manzano entre los árboles de las selvas, así es mi amado en medio de los hijos* (Cant. II, 3). Y admirando esto la Iglesia, diga llena de gozo y regocijo: *A su sombra deseé estar y me senté y sus frutos son dulces a mi paladar.*

Viendo esto, digo: alégrese la Iglesia por habernos ganado a la fe y diga: *Encaminadme a la bodega del vino y ordenad en mí la caridad* (Cant. II, 4). La caridad no puede existir sin la fe, pues hay tres como ríos en la Iglesia: la fe, la esperanza y la caridad. Cuando haya precedido la esperanza y ya se haya consolidado la fe, la caridad se ordena y la Iglesia es fecundada.

CAPÍTULO X

Has aprendido, pues, dónde has de buscar a Cristo; aprende ahora cómo has de merecer que El te busque. Llama al Espíritu Santo diciéndole: *Levántate, Aquilón, y ven, !oh Austro!: sopla en mi huerto y exhalen mis flores sus aromas* (Cant. IV, 16). *Baje mi amado a su huerto y coma los frutos de us manzanos* (Cant. V, 1). El huerto del Verbo es el amor del alma en flor, y la fruta de los manzanos el fruto de la virtud.

El se presenta a tu invitación, y ya sea que comas, ya que bebas, si invocas a Cristo, allí está diciéndote: *"Venid, comed mi pan y bebed mi vino* (Prov., IX, 5); y tambièn si duermes, El llama a la puerta. Viene con mucha frecuencia y por la ventana introduce su mano; pero no viene siempre ni para todos, sino solamente para aquella alma que puede decir: *"Durante la noche me despojé de mi túnica* (Cant. V, 3). Pues es necesario que en la noche del presente siglo te desnudes primeramente de la vestidura de la vida corporal, ya que el Señor, para triunfar de las potestades y dominaciones de este mundo, se despojó de su propia carne en obsequio tuyo. *¡Cómo volveré a vestir la túnica?* (Cant. V, 3). Mira cómo se expresa el alma consagrada a

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

Dios. De tal suerte se desnudó de las costumbres terrenas y de los actos carnales, que no sabe cómo, ni aun queriendo, pueda nuevamente revestirse de ellos. *¿Cómo la volveré a vestir?* Es decir, ¿con qué vergüenza, con qué pudor y, finalmente, con qué recuerdo? Pues con el hábito de bien obrar perdió la costumbre de su anterior maldad. *Ya me lavé los pies. ¿Cómo podré de nuevo mancharles?* (Cant. V, 5). Aprendiste en el Evangelio que el lavar los pies es un misterio de fe y de grande humildad, según que está escrito: *Si yo os lavé los pies, siendo el Señor y Maestro, ¿cuánto más debéis vosotros lavároslos unos a otros?* (Juan, XIII, 14). Esto pertenece, sin duda, a la humildad; pero en cuanto es misterio, debe lavar sus pies el que quiera tener parte en Cristo, porque *si no te lavaré los pies no tendrás parte conmigo* (Juan, XIII, 8): Cuando esto se dice a Pedro, ¿qué hemos de pensar de nosotros? El que una vez se lavó los pies no tiene por qué volvérselos a lavar, pero para eso cuide de no ensuciarlos. Con razón dice el alma santa: *Ya me lavé los pies*. No dice: ¿cómo me los voy a lavar de nuevo?, sino: ¿cómo nuevamente les mancharé?, cual si se hubiese olvidado de la mancha y contagio pasados. Con esto nos enseña que en el ejercicio de la caridad, tanto corporal como espiritual, debemos borrar las huellas de nuestros actos. Así que, una vez que te hubieres lavado con el celestial riego de la confesión y con el sacramento de la Eucaristía te hubiese purificado, cuida de no ensuciarte con la inmundicia de la concupiscencia y lubricidades de la carne. Estos son los pies que en espíritu se lavó David, que te enseña cómo no puedas ensuciarlos diciéndote: *Firmes estaban nuestros pies en tus atrios, !oh Jerusalén!* (Salm. CXXXI, 2).

Conviene que en estas palabras no entiendas los pies del cuerpo, sino los pies del alma. Pues, ¿cómo podría un hombre terreno tener los pies en el cielo? Jerusalén, como te enseño San Pablo, está en el cielo (Hebr., XII, 22). Y él mismo manifestó, además, cómo puedes vivir en el cielo cuando dice: *Nuestro pensamiento está en el cielo* (Filíp., III, 20); es decir, viviendo allí con nuestras costumbres, con nuestras acciones y con nuestra fe.

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

CAPÍTULO XI

Todo el que vive de esta suerte puede decir: *Mi amado metió su mano por la mirilla y mi interior se conmovió a su contacto: me levanté a abrir a mi hermano* (Cant. V, 4). Es conveniente que a la venida del Señor se estremezca el interior. Si María se turbó ante la presencia del ángel (Luc., I, 29), ¡ con cuánta más razón nos hemos de turbar nosotros a la venida de Cristo! Cuando viene la gracia divina, el amor carnal se aleja y disminuye la actividad externa del hombre. Así, pues, túrbate y corre; se mandaba a los israelitas que aprisa comiesen el Cordero (Exod., XII, 11). Levántate, abre, que Cristo está a la puerta, está llamando; si le abrieres entrará, y entrará acompañado del Padre. Y no sólo cuando hubiere entrado dejará su galardón, pero aun antes de entrar enviará por delante su presente. Aun está el alma turbada, todavia anda palpando las paredes de su casa, está buscando la puerta donde está Cristo, no ha desatado el yugo de la carne ni salido de las cárceles del cuerpo; está todavía Cristo llamando a la puerta y ya dice: *Mis manos destilaron mirra y mis dedos, empapados, mojaron las manillas del cerrojo* (Cant. V, 5). ¿Qué mirra es la que destilan las manos del alma sino aquella que el justo Nicomedes, maestro en Israel, ofreció a Cristo? (Juan, III, 1 y sigs.). Aquel que mereció el primero oír el misterio de la regeneración, que llevó la mezcla de mirra y áloe en cantidad de más de cien libras y la derramó sobre el cuerpo de Cristo, ¿no es, sin duda, el perfecto olor de la fe lo que llevó? Este olor despide el alma que empieza a abrir a Cristo para recibir primeramente el olor de la supultura del Señor y creer que su carne no sufrió la corrupción ni se marchitó con olor alguno de muerte, sino que resucitó con el olor adobado de aquella flor eterna y siempre verde. ¿Cómo, podía aun en la carne marchitarse Cristo, cuyo nombre es el ungüento anonadado (Cant. I, 2), que se anonadó para inspirarte el soplo de vida?

Siempre existió este ungüento, pero estaba junto al Padre y en el Padre: solamente olía para los ángeles y para los arcángeles, como encerrado dentro del frasco del cielo. Abrió el Padre la boca diciendo: *He aquí que te he puesto a Ti como testamento de mi pueblo, como*

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

luz de los gentiles, para que seas la salvación hasta los confines de la tierra (Isaí., XLIX, 6). Bajó el Hijo a la tierra y todas las cosas se impregnaron con el nuevo olor del Verbo. Pronunció el Padre la Palabra buena (Salm. XLIV, 2), exhaló el buen olor el Hijo y el Espíritu Santo envió su soplo y se difundió este olor por los corazones de todos: *se derramó, pues, la caridad de Dios en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo* (Rom., V, 5).

El mismo Hijo de Dios guardaba primero, como encerrado en el vaso de su cuerpo, este olor hasta que lo destapó cuando llegó su hora, como él mismo dice: *El Señor me ha dado la lengua de la prudencia para saber cuándo convenga hablar* (Isaí., L, 4). Llegó la hora, abrió su boca y derramó el ungüento cuando la virtud curativa salía de El. Este ungüento fué derramado sobre los judíos y fue recogido por los gentiles, desparramado en Judea y su olor se esparció por todo el mundo. Con este ungüento fué ungida María, y concibió cuando era Virgen, y dió a luz al buen olor, al Hijo de Dios. Fué esparcido sobre las aguas y las santificó. Con este ungüento fueron ungidos los tres jóvenes y la llama del horno fué para ellos como un rocío (Dan., III, 23). Con él fué ungido Daniel, ablandó las bocas de los leones y calmó su ferocidad (Dan., VII, 22).

Este ungüento fluye diariamente y nunca se agota. Toma tu vaso, !oh virgen!, y llénalo para que puedas ser repleta de él. Toma este ungüento, valorado en trescientos denarios, pero que se da gratis, no vendido, para que todos puedan gratuitamente poseerlo. Ungete, !oh virgen!; no te contristes como Judas (Juan, XII, 5) porque es derramado: más bien sepulta en ti a Cristo. Cierra bien tu vaso para que no se derrame el ungüento; ciérrale con la llave de la castidad, con el recato en el hablar y reprimiento la vanagloria.

La que posee este ungüento recibe a Cristo, y por eso la que le poseía dijo: *Abrí a mi hermano y mi hermano pasó* (Cant. V, 6). ¿Y cómo pasó? Entrando dentro del alma, como se dijo a María: *Y una espada traspasará tu alma* (Luc., II, 35). Viva es, en efecto, la palabra de Dios, como aguda y penetrante espada, barrera que se opone a los pensamientos carnales y escudriña el interior del corazón (Hebr., IV, 12).

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

CAPÍTULO XII

Pues tú, alma, una del pueblo, una de tantas -pues Cristo no se asusta ante las diferencias de condición y dignidad, ni se prenda del vestido de oro, ni de las ricas alhajas, ni de las coronas realzadas con piedras preciosas, por cuyos exorbitantes dispendios se promueven con frecuencia pleitos en la Iglesia y se pierde la paz-, ciertamente tú, una de las vírgenes, que iluminas con el resplandor de tu alma la hermosura de tu cuerpo -con razón, más que ninguna otra, eres comparada a la Iglesia-, tú, digo, en tu lecho y en medio del silencio de la noche, medita siempre en Cristo y en todos los momentos espera su venida.

Si te pareciere que tarda, levántate. Parece que retrasa su venida cuando duermes demasiado, parece que tarda cuando no levantas la voz entonando salmos. Consagra las primicias de tu despertar a Cristo, dedica a Cristo también las primicias de tus actos. Has oído antes que te llamó diciéndote: *Ven desde el Líbano, esposa; ven del Líbano; pasarás y repasarás desde el comienzo de la fe* (Cant. IV, 8); es decir, pasarás a luchar en este mundo y repasarás de nuevo para triunfar con Cristo del mismo mundo. Oíste también que te separó de los leones y de leopardos, esto es, de los ataques de los malignos espíritus; has oído cuánto le agrada la hermosura de tus virtudes; has oído cómo prefiere a los demás dones el perfume de tus vestidos, o sea, la fragancia de tu pureza; has oído que te dijo que eres huerto cerrado, lleno de regaladísimas manzanas. Pide, pues, que aliente sobre ti el Espíritu Santo, que sople sobre tu lecho, que acreciente el olor de tu piedad y de tu gracia. El te responderá: *Yo duermo y mi corazón vigila* (Cant. V, 2).

Oyes la voz del que llama a la puerta y que dice: *Abreme, hermana mía; levántate, amada mía, mi paloma y mi perfecta* (Cany. V, 2) -mi amada, por la caridad; mi paloma, por la sencillez; mi perfecta, por la virtud-, *porque mi cabeza está empapada en rocío*. Así como el roció del cielo ahuyenta la sequía de la noche, así el rocío de nuestro Señor Jesucristo destila la humedad de la vida eterna en las tinieblas de la

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

noche del mundo. Esta es la cabeza que no se secó con el trato mundanal; por eso dice: *Porque si esto hacen en el leño verde, ¿en el seco qué no harán?* (Luc., XXIII, 31). De esta cabeza desciende el rocío a los demás: esta cabeza rebosa de virtudes, y con mucha razón decimos que rebosa de gracia la cabeza de Cristo, porque Cristo es tu cabeza, porque siempre está lleno, porque no se empobrece con sus liberalidades ni se agota con sus larguezas. A esta cabeza no subió el hierro, instrumento de guerra y señal de discordia.

Ahora medita y considera qué clase de roció es éste; no es rocío común, pues los cabellos del Esposo son los carámbanos de la escarcha. Ahora bien, amada mía: no entiendas por estos cabellos los cabellos corporales (Cant. V, 2), porque éstos no son adorno, sino pecado: son incentivos de la concupiscencia y no maestros de la virtud. Otros rizos tiene el Nazareno, en los cuales nunca entró la tijera; rizos que nadie cortó, ni arreglaron tenacillas, ni compuso artificio alguno, sino cabellos encrespados y brillantes por la abundante gracia de hermosas virtudes. Aprende por la Historia qué clase de rizos usaba el Nazareno. Mientras les llevó intactos, Sansón fué invencible (Juec., XVI, 17); perdió los cabellos y con ellos desapareció también la fortaleza.

Ya que has oído la voz del Verbo, no te preocupes cómo has de vestir nuevamente la túnica; no te preocupes, y como si ya estuviera presente el Señor, libre de pensamiento terrenos, levántate al punto; mientras tanto, recoge tu espíritu para la oración, y así, de las cosas triviales te eleves a lo alto y procures abrir las puertas de tu corazón, pues cuando tus brazos se levantan hacia Cristo, tus manos despiden el buen olor.

Así, pues, percibe el olor de tus manos y examina con fruición, incansable y vigilante, el olor de tus actos. El olor de tu diestra y de tus miembros rezumarán la fragancia de la resurrección; tus dedos destilarán mirra, es decir, tus obras espirituales encenderán la llama de la verdadera fe. Gózate, pues, !oh virgen!, interiormente y séte a ti misma dulce y suave y no te hastiarás de ti misma, como sucede a menudo a los pecadores, pues tu secillez te agradará más que el ir

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

vestida con estos ropajes mentirosos del cuerpo. Tal te deseó y tal te eligió Cristo. Una vez que le hayas abierto la puerta entrará Jesús, pues no es posible que engañe quien prometió entrar. Abraza al que buscaste; acércate a El y serás iluminada; sujétale, ruégale que no se vaya tan de prisa; ínstale a que no se ausente, pues el Verbo de Dios corre: no se le cautiva con el desdén ni con la negligencia se le guarda. Que corra tu alma, fiada en su palabra, y medite la impresión que en ti ha dejado esa divina palabra, que pasa veloz.

Finalmente, ¿qué es lo que ella dice? *Le busqué y no lo encontré, le llamé y no me contestó* (Cant. V, 6). No creas que te desprecia a ti, que le llamaste, le rogaste, le abriste la puerta, porque se fué tan de prisa. A veces nos abandona para que seamos tentados.

Y en fin, cuando las turbas le rogaban que no se marchase, ¿què dice èl Evangelio? *Es conveniente evangelizar a otras ciudades la palabra de Dios, porque para eso fuí enviado* (Luc., Iv, 43). Así también, si te parece que se ha alejado de ti, sal y búscale de nuevo (Cant. V, 7).

No temas ya, alma devota, a los guardias visibles; no temas a los que rodean la ciudad; no te asusten las hereidas, que no pueden dañar a los que siguen a Cristo, pues aunque te quiten el cuerpo, es decir, la vida corporal, Cristo está cerca, al cual, una vez encontrado, mira dónde has de morar en El, no sea que huya de ti, pues se aleja presto de la compañía de los negligentes.

CAPÍTULO XIII

¿Quién sino la Iglesia santa te podrá enseñar cómo has de retener a Cristo? Digo mejor, te lo ha enseñado ya, si entiendes lo que lees: *Muy corto tiempo fué desde que pasé junto a los guardias hasta que encontré al que amó mi alma; le abracé y no le dejaré* (Cant. III, 4). ¿Con qué cosas es retenido Cristo? No con los lazos de la maldad, no con los lazos de las sogas materiales, sino que se le retiene con los lazos de la caridad, con las ligaduras del alma, con el amor del

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

corazón. Si tú quieres retener a Cristo búscale sin descanso, no tengas miedo a la fatiga, pues entre las maceraciones frecuentes del cuerpo, entre las mismas manos de los perseguidores se encuentra mejor a Cristo. Dice: *Poco después que les pasé*. Poco después, y en corto espacio desde que te hayas evadido de las manos de los perseguidores y salido ilesa de los poderes del mundo, se te hará encontradizo Cristo y no permitirá que seas tentada largo espacio de tiempo.

La que de esta suerte busca a Cristo le encuentra y puede decir: *Le retuve y no le dejaré marchar hasta tanto que no le introduzca en la casa de mi madre y en la recámara de aquella que me engendró* (Cant.III, 4). ¿Cuál es la casa de tu madre y su recámara sino el interior secreto de tu alma? Guarda esa casa, limpia con esmero el interior de esa morada y, cuando ya la casa estuviere limpia y libre de toda mancha de conciencia falseada, entonces edifíquese la casa espiritual, unida con la piedra angular en un sacerdocio santo, para que habite en ella el Espíritu Santo. La que así busca a Cristo, la que así le insta no es abandonada por El; al contrario, la visita con frecuencia, pues está con nosotros hasta la consumación de los siglos (Mat., XXVIII, 20).

Ya está encontrado Jesucristo, ya se le posee, fué hallado el que introdujo su mano por tu ventana. ¿Cuál es nuestra ventana (Cant. V, 4) sino aquella por la que vemos las obras de Cristo, es decir, el ojo de nuestro corazón y voluntad? Así, pues, !oh virgen!, que Cristo entre por tu ventana y por ella introduzca su mano y llegue hasta ti el amor del Verbo de Dios, pero no el amor carnal. Si, pues, el Verbo de Dios mete su mano por tus ventans, mira cómo las preparas y mira cómo las limpias de toda mancha de pecado. Que no haya nada deforme, nada adulterino en las ventanas de la virgen. fuera pinturas y demás aceites de una hermosura ficticia; fuera también los halagos del mal amor. La ventana de tu alma es como la cerradura de las orejas: en ellas no hay que colgar pendientes ni taladrarlas con agujeros; para las orejas no hay más que un adorno: el escuchar lo que es provechoso.

Aprende, además, a cerrar tu puerta en las horas de la noche; que nadie la encuentre fácilmente abierta. El mismo Esposo quiere

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

hallarla cerrada cuando llama. Nuestra puerta es nuestra boca; la hemos de abrir casi exclusivamente a Cristo, y no se la abra hasta que llame el Verbo de Dios. Porque está escrito: *Eres huerto cerrado, hermana mía; eres huerto cerrado y fuente sellada* (Cant. V, 12). No abras fácilmente tu boca ni digas chistes de mal gusto. Ni siquiera es conveniente hables de cosas espirituales, a no ser que seas preguntada por el Verbo de Dios. ¡Qué te importan los demás? Habla sólo con Cristo y háblale a solas. Si se dice que las mujeres se callen en la Iglesia (I Cor., XIV, 34), !cuánto más conveniente es que la virgen no abra la puerta, puesto que no conviene que las viudas abran sus ventanas! Pronto se introduce el enemigo del pudor: tan pronto como cae la palabra que quisieras no haber pronunciado. Si hubiese estado cerrada la puerta de Eva. ni Adán hubiese sido engañado ni ella hubiese respondido cuando fué preguntada por la serpiente (Gén., III, 2 y sigs.). Entró la muerte por la ventana (Jer., IX, 21). es decir, por la puerta de Eva. Entra la muerte por tu puerta si hablas lo que es falso, si hablas torpezas o procacidades y también si hablas donde no debes. Ciérrense, pues, las puertas de tus labios y permanezca cerrada tu garganta; entonces, tal vez debas cerrar cuando hayas oído la voz de Dios. Entonces *te destilará la mirra* (Cant. V, 5); entonces aspirarás la gracia del bautismo para morir con Cristo a este mundo y resucitar con Cristo. *¿Por qué, cual si vivieseis para el mundo, os sometéis a ordenanzas* (como éstas), *no tocaréis, no contaminaréis, no comeréis las cosas que son para destrucción por el mismo uso?* (Colos., II, 20 y sigs.). Aléjense las almas castas de toda corrupción; por eso debéis sepultar todo cuidado de la carne y del mundo. *Los que habéis resucitado con Cristo tenéis que buscar las cosas de arriba, donde vive Cristo* (Colos., III,1). Cuando busquéis a Cristo veréis al Padre, pues Cristo está sentado a su diestra.

Más el alma que busca a Cristo no debe ser un alma vulgar: no debe estar en la plaza, ni en las calles, ni ser vocinglera, ni provocativa en sus meneos, ni andar a caza de noticias, ni desaliñada en su vestido. El apóstol te prohibe todo trato terreno y aun te amonesta que casi te remontes sobre todo lo humano para volar con

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

las alas del alma hasta el cielo. Dice: *Habéis de saborear las cosas de allá arriba, no las que están sobre la tierra* (Colos., III, 2). Pero ya que esto sea imposible viviendo en esta prisión de la carne, y porque, una vez muertos, el alma es impelida a volar a lo alto, ya que mientras vivimos está el alma sujeta a la ley de la naturaleza, por eso añadió: *Pues bien, vosotros ya estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Colos., III, 3). Ahora bien, si está escondida con Cristo en Dios, que no aparezca al mundo, pues Cristo, muerto al mundo, vive sólo para Dios.

Ahora puedes ver cómo ama Cristo ser deseado y cómo no le gustan las conversaciones con otros. Aquella virgen abrió sus puertas al Verbo de Dios: *Este pasó y mi alma* -dice *salió en pos de su palabra* (Cant. V, 6). Salió del mundo, abandonó las cosas terrenas y permaneció con Cristo. *Le busqué* -dice- *y no le encontré* (Cant. V, 6), pues Cristo se complace en que le busquemos con insistencia.

CAPÍTULO XIV

La encontraron los que guardaban las murallas. Tal vez hay otros guardias de quienes nos tengamos que precaver más. Porque hay una ciudad, que no tiene cerradas las puertas de sus muros, de la cual está escrito: *Y sus puertas no se cerrarán durante el día* (Apoc., XXI, 25), porque en ella no habrá más noche: los pueblos traerán a ella gloria y honor. Esa ciudad es la Jerusalén celestial (hebr., XII, 22), dentro de la cual te conservarás ya como perfecta e inmaculada, pues en ella no entra nada, manchado. No es cosa vulgar la castidad ni la pureza, de las que se habla en el libro de la vida (Apoc., XXI, 27).

Puesto que hemos llegado a encontrar esa ciudad, entrémonos en ella; veamos su luz, sus murallas, sus moradores, los fundamentos de sus muros, y veamos también a los soldados que la guardan. Pero, ¿cómo vamos a entrar en ella? En esta ciudad está la vida y uno es el camino que conduce a la vida, que es Cristo; luego sigamos a Cristo. Pero esa ciudad está en los cielos. En qué forma podremos subir al

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

cielo nos lo enseña el evangelista, que dice: *Y me condujo el Espíritu a un monte grande y alto y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo* (Apocalipsis, XXI, 10). Subamos, pues, con el Espíritu, porque la carne no puede subir hasta ella. Subamos nosotros entre tanto al cielo para que ella a su vez baje hacia nosotros desde el cielo; en esa ciudad la luz es semejante a una piedra preciosísima, como piedra jaspe y cristal (Apoc., XXI, 11). Tiene un muralla grande y alta.

Ya habéis conocido su luz y su muralla; aprended ahora cuáles son sus puertas y sus guardas. *Tiene* -dice- *doce puertas, y en sus puertas doce ángeles, y en ellas están grabados los nombre de las doce tribus de los hijos de Israel* (Apoc., XXI, 12). En las puertas están esculpidos los nombres de los patriarcas y en los muros los de los apóstoles, pues ellos son sus fundamentos y la piedra angular es Cristo, sobre el que se levanta toda la fábrica de la ciudad. Dios está fuera, dentro y en todas partes, pues dice que la majestad de Dios llena toda la ciudad (Apoc., XXI, 11). También vosotras, !oh vírgenes sagradas!, y todos los que sois justos, los que lleváis la castidad sin mancha en vuestra alma, sois ciudadanos de los santos y conciudadanos de Dios. Pero sólo poseeréis esta nobleza de ciudadanía si buscáis a Cristo dentro del recinto de esta ciudad, si entráis en ella por la fe y por las obras perpetuas, iluminados por la luz de los patriarcas, apoyados sobre el fundamento de los apóstoles y si vivís entre los ángeles.

¿Cómo pueden ser los guardias los ángeles, pues quitan el manto al alma casta? (Cant. V, 7). Uno es el manto de las vírgenes y otro el de las jóvenes que recorren las plazas. Las que en las calles buscan a Cristo perdieron el manto que ya poseían: la prudencia no se guarda frecuentando las calles. Y tal vez quiera decir la Escritura (y lo digo para reconciliarme con estas últimas y para manifestarles que la misericordia de Dios se extiende a todos, porque aun éstas alguna vez hallan a Cristo si le buscan con perseveramcia), tal vez este manto signifique los atractivos del cuerpo.

Así, pues, el que buscó a Cristo en su lecho, si es que le buscó

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

como aquel que dijo: *Me acordé de Ti en mi lecho* (Salm. LXII, 7); si le buscó durante la noche, como el salmista que canta: *Levantad vuestras manos en oración hacia el cielo en las noches* (Salm. CXXXIII, 2); si le buscó en la ciudad, en la plaza y en las calles: en la ciudad de nuestro Dios, en la plaza, en donde acaso está sentado el Juez aquel que juzga con derecho divino; en las calles, donde se dieron cita los que se reunieron para comer la cena del Señor; se le busca de este modo, teniendo como guardianes de la ciudad de Dios a los ángeles, puede hallar a Cristo con tal que le busque largo tiempo.

Ahora bien, por la naturaleza celestial de los guardias podemos también colegir que se trata de una ciudad celestial, de una plaza celeste de eterna justicia; no se ha de entender de plazas ordinarias, sino, sin duda, de aquellas en que suele haber una fuente, de la cual se dice: *Corran hasta ti las aguas de tu fuente y se derramen por tus calles* (Prov., V, 16). Quien de esta manera busca a Cristo llega hasta los ángeles. Mas si por las buenas obras se llega hasta los ángeles, ¿por qué es herido por ellos el que a ellos se acerca? Es porque hay también una espada buena y una herida buena producida por ella. hiere la palabra de Dios, pero esa herida no se ulcera. hay una herida de amor bueno: son las herida de la caridad; por eso dijo el alma: *A mi me ha herido el amor* (Cant. II, 5) El alma perfecta está herida de amor. Buenas son, en verdad, las heridas causadas por el Verbo, buenas las heridas del que ama : *Son* -dice- *más útiles las heridas del amigo que los voluntarios besos del enemigo* (Prov., XXVII, 6). Rebeca fué una de esas almas heridas por el amor, porque habiendo abandonado a sus padres se fué con su esposo (Gén., XXIV, 58 y sigs.); lo fué con su hermana porque tenía muchos hijos, siendo ella aun estéril; porque era imagen de la Iglesia, a quien se dice: *Alégrate, estéril, que no engendras; salta de gozo y grita la que no tiene hijos* (Isaías, LIV, 1).

La encontraron los guardias, la hirieron y le robaron el manto, es decir, la desnudaron de las obras de la carne para que buscase desnuda a Cristo con la simplicidad del alma, porque nadie puede ver a Cristo con el ropaje de la humana sabiduría, o sea, con el gusto de las cosas

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

de este mundo. Y con razón se le despoja de la vestidura de la humana filosofía para que nadie le robe el alma por medio de la filosofía engañosa (Colos., II, 8).

Con razón, pues, es arrebatado el manto a la que se acerca a Cristo, a fin de que quien ha de ver a Dios entre a su presencia con puro corazón: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mat., V, 7). Así, pues, tan pronto como el alma purifica su corazón encuentra al Verbo y ve a Dios.

CAPÍTULO XV

Búscale, pues, virgen; mejor, busquémosle todos, ya que en las almas no hay diferencia de sexo; pero acaso el nombre de virgen es femenino porque el calor de las pasiones es en ella más vehemente, porque el mismo ímpetu de la carne, por medio de su propia vanidad, la seduce con blandas y muelles razones. Por eso debemos invitar a Dios con oraciones y súplicas para que, como viento benéfico del mediodía, se digne aspirar sobre nosotros que la brisa celestial del Verbo nos oree: esa brisa que acostumbra a agitar los árboles frutales no como el huracán, sino a mecerlos con suave y tenue soplo como de vientecillo.

Por lo cual está escrito: *Aminadab me preparó el carro* (Cant. VI, 11); porque nuestra alma, mientras mora en el cuerpo, como carro tirado por caballos briosos va en busca de un cochero que la conduzca. Aminadab fué, en efecto, padre de Naarón, como se lee en el libro de los Números (Núm., I, 7), que era príncipe del pueblo de Judá; éste era figura de Cristo, verdadero príncipe del pueblo, que subiendo al alma del justo como un cochero la gobierna con las riendas del Verbo para que no sea precipitada en el abismo por la fogosidad de los caballos. Son como cuatro caballos del alma sus cuatro pasiones: ira, avaricia, concupiscencia y temor. Cuando al comenzar alguna obra están estos cuatro caballos encabritados, no se reconoce uno a sí mismo, pues el cuerpo apesga el alma y la arrastra,

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

contra su voluntad, como carro tirado por bestias indómitas, empujándola con violencia los cuidados que la envuelven, hasta que la virtud dèl Verbo viene a mitigar esas pasiones. Esta virtud del Verbo es como la prudencia del buen conductor, que tira de las riendas para que el cuerpo mortal no dificulte los movimientos del alma,. su compañera, que por naturaleza es inmortal.

Primeramente es preciso que dome estos veloces movimientos del cuerpo y los refrene con las riendas de la razón, después evite que el cuerpo y el alma caminen con paso desigual, como caballos, de suerte que el caballo malo coarte al bueno, el tardo impida al ligero, el brioso perturbe al pesado, pues el caballo del mal relincha y se encabrita y, despeñándose, rompe el carro y aplasta al que va con él enganchado.

El buen cochero acaricia al caballo alocado, le vuelve al camino de la verdad y le aparta de las sinuosidades del error.

La carrera cuesta arriba es segura; al contrario, son peligrosas las bajadas. Por eso los beneméritos que llevaron el yugo del Verbo son conducidos hasta el pesebre del Señor, en el cual no se les sirve hierba como comida, sino el pan que bajó del cielo.

Las ruedas de este carro son de las que habló el profeta: *Y había espíritu de vida en las ruedas* (Exeq., I, 20), para que el carro, bien construído y redondo, ruede sin ningún estorbo.

CAPÍTULO XVI

Mas para que no pasemos adelante nos invita el Verbo de Dios a que entremos en el huerto del nogal (Cant. VI, 10), en el cual se halla el fruto de la Antigua Ley y la gracia de la Nueva, que es amarga en las tentaciones, dura en los trabajos, pero llena de fruto de virtudes interiores. Por eso floreció la vara de nogal de Aarón (Núm., XVII, 8), no tanto por su propia naturaleza como por una virtud interior. Baje, pues, a su huerto y allí vendimie la fe, aspire los aromas, sáciese con el alimento celestial, hártese con la dulzura de nuesta miel

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

diciendo: *Segado he mi mirra mezclada con aromas, comí mi pan con mi miel* (Cant. V, 1). Esta miel, formada con las flores de diversas virtudes y elaborada por el trabajo común de aquellas abejas que nos enseñan la previsión (Prov., VI, 8), la Iglesia la deposita en panales para que sea alimento de Cristo.

Todo, pues, lo tenemos en Cristo. Acérquese a El toda alma, tanto la que esté manchada con pecados carnales como la que esté aún clavada con los clavos de la avaricia y como la que, por entregarse a la meditación asidua, está en vías de la perfección y, finalmente, la que es ya perfecta con muchas virtudes. El Señor es inmensamiente rico, Cristo es todo para nosotros: si deseas sanar de una herida, es médico; si te abrasa el ardor de la fiebre, es fuentè; si te ves oprimido por la iniquidad, es santidad; si necesitas de auxilio, es fortaleza; si buscas el cielo, es camino; si huyes de las tinieblas, es luz; si tienes hambre, es alimento. *Gustad, pues, y ved cuán suave es el Señor; dichoso el hombre que espera en El* (Salmo XXXIII, 9).

En El esperó aquella que sufría flujo de sangre y al punto sanó, pero porque se acercó con fe (Luc., VIII, 43 y sigs.). Y tú también, hija, toca al menos su ruedo con fe. Con el calor del Verbo, que sana, se secará el flujo de las pasiones mundanas, que brota como torrente: con tal que te acerques con fe; con tal que, al menos, toques la borla de su vestido; con tal que le toques con igual confianza en la palabra divina y con tal que, temblorosa, te arrojes a los pies del Señor (Luc., VIII y sigs.).

¿Y dónde se hallan esos pies de Cristo sino donde está el cuerpo de Cristo? ¡Oh fe, más preciada que todos los tesoros! ¡Oh fe, más eficaz para curar que todos los médicos! Tan pronto como se acercó la mujer sintió la virtud curativa y consiguió el remedio. Le sucedió como a aquel que mira la luz, que antes de recibir sus sensaciones ya la ha percibido su aparato visual. Una enfermedad incurable, que había agotado los recursos del arte y pecuniarios, se cura instantáneamente al solo contacto del vestido. Así, pues, virgen, imita la modestia de aquella mujer en tus modales y su fe inconmovible. !Qué fe tan grande la de aquella mujer! Siente vergüenza de ser vista

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

y no se ruboriza de confesar como culpable la causa de su dolencia. No ocultes tus deslices, confiesa lo que El ya conoce: no te avergüences de lo que no se ruborizaron los profetas. Escucha lo que dice Jeremías: Sáname, Señor, y quedaré sano (Jeremías, XVII, 14). También ella, al tocar el ruedo, dijo: *Sáname, Señor, y quedaré sana; sálvame, Señór, y seré salva, porque tú eres mi gloria: solamente quedará curada aquella a quien Tú hubieres sanado.*

Si alguno te dice (pues muchas veces son tentados en esta forma los fieles): *¡Dónde está el Verbo de Dios? Que venga* (Jer., XVII, 15), pues también al Señor le fué dicho: *Que baje ahora de la Cruz y creeremos en El; confía en el Señor: que le libre ahora si quiere* (Mat. XXVII, 42-43); si alguien, en son de burla, te dijere esto y si quisiere nuevamente llenar tu inteligencia de burdas fábulas, no le contestes: tampoco Cristo quiso responder a esa clase de personas. Interroga únicamente a Cristo, pues si les hablas no te creerán y si les preguntas no te darán respuesta. Di a solo Cristo: *No me cansé yendo en pos de Ti y no envidié el día del hombre* (Jer., XVII, 16). Esto dijo aquella mujer y cesó el flujo. Aunque fatigada, aunque enferma la que por mucho tiempo había buscado a Cristo, a pesar de esto, dijo: *No sentí trabajo yendo en pos de Ti*, pues no siente fatiga la que sigue a Cristo; al contrario, llama a los que están trabajados que vengan a El para que descansen (Mat., XI, 28). Y en Isaías está escrito: *Los que esperan en el Señor... correrán y no se cansarán* (Isaí., XL, 31).

Al preguntar después Cristo quién le había tocado (Luc., VIII, 45), ¿no te parece que ella respondería: Por qué me preguntas, Señor? Tú lo sabes: lo que brota de mis labios está delante de Ti y por eso no me avergüenzo en confesar mis pecados. *Que se avergüencen los que me persiguen y no lo sea yo* (Jer., XVII, 18).

No se ruborizó Pedro al decir: *Apártate de mi, Señor, porque soy pecador* (Luc., V, 8); en efecto, el hombre sabio y prudente, sobre el que había de descansar el edificio de la Iglesia y el magisterio de la doctrina, prefirió ser humilde a enorgullecerse con el buen éxito de sus obras. Y por eso dijo: *Apártate de mí, Señor* (II Cor., XII, 7). No pide ser abandonado, sino no perder la humildad.

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

Lo propio hace San Pablo, que se gloria en sentir el aguijón de la carne que Dios le había dejado como contrapeso del orgullo. Hay una jactancia que seduce: es la que San Pablo teme, una jactancia lasciva, que procura también evitar el Apóstol; pero en él no es de temerse la caída porque recelaba envanecerse con las revelaciones, y por eso, como valiente soldado, se alegra porque con la herida corporal había aprendido a comprar la salud del alma.

CAPÍTULO XVII

A imitación de estos apóstoles, si ves en ti gran afluencia y sobreabundancia de bienes sobrenaturales, da gracias a Dios; considera las flaquezas de tu cuerpo como el lastre de la nave de tu alma, no sea que, azotado por las olas del mundo, te eche a pique algún viento de soberbia. Sé prudente, como aquella abeja que, cuando barrunta la tempestad, toma unas piedrecillas y con ellas se sostiene en el aire para que, con el ímpetu de los vientos, no pierda el equilibrio el remo de sus alas. Pablo y Bernabé se sintieron como abrumados por los honores divinos que les daban (Actos, XIV, 12-13). Tú también virgen, a semejanza de la abeja, cuida que el viento de las alabanzas del mundo no levante demasiado el vuelo de tus alas.

En efecto, el alma tiene sus vuelos. y por eso está escrito: *¿Quiénes son esos que vuelan como las nubes y como la paloma con sus polluelos?* (Isaías, LX, 8). Tiene el alma sus vuelos espirituales, con los que recorre en un instante todo el mundo; libremente vuelan los pensamientos de los santos. Cuanto más se remontan a las alturas y hacia Dios, tanto más velozmente son llevadas sin el estorbo del peso de lo terreno. Porque el que vive unido con Dios y lleva ya esculpida en sí la imagen de la semejanza divina, cuando ha amansado los ímpetus de sus pasiones y se ha elevado con las alas espirituales a las regiones sublimes y puras del cielo, desprecia las cosas viles de la tierra, fija su mente en las cosas divinas, se coloca sobre el mundo. Sobre el mundo están la santidad, el amor, la pureza,

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

la bondad y la sabiduría; por eso, aunque el alma perfecta vive en este mundo, está, sin embargo, sobre él. Por encima del mundo estaba la santidad, puesto que el diablo, para vencerla, ofrece por ella todos los reinos del mundo con toda su gloria (Mat., IV, 8). Estaba sobre el mundo el que no quiso ni tocar nada de lo que en el mundo hay, pues dice: *Viene el príncipe de este mundo y no encontrará en mí nada de lo suyo* (Juan, XIV, 30). Aprended también vosotros a vivir en este mundo, de suerte que os sobrepongáis a él y, aunque tengáis que arrastraros todavía sobre la tierra con el peso de la carne, que vuestra alma se remonte a lo alto. Está por encima del mundo el que lleva consigo a Dios en su cuerpo. Mas ya que no podemos imitar a Dios, imitemos a los apóstoles, a quienes el mundo odió porque no le pertenecían (Juan, XV, 10); imítalos, síguelos. ¿Te parece arduo el sobreponerte al mundo con tus propias fuerzas? Llevas razón cuando así piensas, pues no vayas a creer que los apóstoles merecieron colocarse sobre el mundo porque tuvieran naturaleza divina como Cristo, sino sencillamente siguiendo los pasos del Señor como discípulos. Hazte tú también discípula de Cristo, imitadora suya, pues por ti ruega el que por ellos rogó. Dice El mismo : No ruego sólo por los apóstoles; también ruego por aquellos que han de creer en mí por su palabra, para que todos sean unos. Así, pues, quiere el Señor que todos seamos unos para que todos seamos superiores al mundo: para que una sea la castidad, uno el querer, una la bondad y una la gracia. Con estas virtudes se sostiene y se acelera el vuelo del alma.

Ea, pues; no seamos perezosos: levantemos el vuelo de la tierra; es propio de las alas, que cuanto más se agitan toman mayores vuelos. Tanta más fuerza toma el vuelo del alma cuanto más ansias tiene por volar, de suerte que si va siempre en seguimiento de Dios, si ambiciona morar en la casa del Señor y esa hambre la devora; en fin, si se alimenta con la meditación de los admirables efectos que produce la virtud, al punto despreciará la envidia, que no tiene cabida entre el coro de los ángeles, y la concupiscencia de la carne, que no debe profanar el templo de Dios; y porque somos el templo de Dios, echemos de nosotros los cuidados de la tierra.

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

CAPÍTULO XVIII

Y para que nadie crea que esas figuras de carros, caballos, alas del alma, las he robado a los filósofos y poetas paganos, os diré que son ellos lo que las han usurpado a nuestros sagrados libros. Que me he servido de nuestro patrimonio os lo va a mostrar la siguiente cita del profeta Ezequiel: *Y allí mismo hízose sentir sobre mí la mano del Señor, y miré, y he aquí que se levantaba del norte un torbellino y en medio de él una gran nube y un fuego resplandeciente con un resplandor alrededor de ella, parecido a la luz del ámbar en medio de fuego, y en medio de ese fuego se veía una semejanza de cuatro animales* (Ezeq., I, 3 y sigs.).

Aquí tienes descritos los cuatro animales. Veamos ahora qué animales son éstos. Dice el texto: *Por lo que hace a su rostro, todos cuatro lo tenían de hombre y todos cuatro tenían cara de león a su lado derecho; al lado izquierdo tenían todos cuatro cara de toro, y en la parte de arriba tenían todos cuatro cara de águila, y sus alas estaban extendidas* (Ezeq., I, 10-11).

En este texto creo que se describe también al alma, cuyos cuatro animales son sus cuatro apetitos; pero no aquellos de que hablamos en el capítulo XV, porque allí las almas eran aún susceptibles de instrucción y crecimiento en la virtud; el alma de que aquí se trata es ya perfecta. Finalmente, a aquellas se les invita a que suban al cielo; éstas ya viven en él en compañía del Verbo. Estas figuras de animales las aplicamos a los cuatro evangelistas, según la índole peculiar de cada uno de sus evangelios; lo mismo aquí, se expresa por medio de las figuras de los animales la especie de apetito representado en ellos, y así en la figura de hombre vemos el apetito racional; en el león, el apetitivo; en el toro, el concupiscible, y en el ángel el visible.

Ya los autores griegos enseñaron que en todo hombre perfecto existen estos cuatro apetitos: que los latinos llamaron prudencia, fortaleza, templanza y justicia. La prudencia es, en efecto, propiedad de la razón humana; la fortaleza lleva consigo el concepto de una fuerza indomable de virtud y el desprecio de la muerte; la templanza,

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

desposada con el divino amor y entregada a la contemplación de los misterios celestiales, desprecia los placeres del cuerpo; la justicia, colocada como en un elevado monte, ve y atisba cuanto hay en torno suyo: nacida más para los otros que para sí misma, busca no tanto su propio bien como el provecho de la sociedad, y con razón al alma que ha conseguido la justicia se la representa por la figura de águila que abandona la tierra y vive por completo en las sublimes regiones del cielo, y clavada su mirada, por la contemplación, en Dios, consigue la gloria de la resurrección con el precio de la equidad. Por eso se dice de ella: *Se renovará tu juventud como la del águila* (Salm. CII, 5).

También, según David, está el alma dotada de alas espirituales, y hasta tal punto la comparó con el ave, que llega a decir: *Nuestra alma, como el pájaro, ha sido arrevatada del lazo de los cazadores* (Salm. CXXIII, 7). Y en otro lugar: *En Dios confío, ¿cómo decís a mi alma: Huye al monte como el pájaro?* (Salm. X, 2). Tiene el alma sus alas, con las cuales puede libremente volar. Pero no vayas a entender por estas alas la contectura material de sus plumas, sino la serie ininterrumpida de sus buenas acciones. Así sucede en Cristo, a quien cuadra admirablemente este texto: *Y esperaré confiado en la sombra de tus alas* (Salm. LXI, 2), pues no sólo las manos del Señor, fijas en el madero de la Cruz y extendidas a modo de pájaro que vuela, sino también sus obras divinas, como sombra refrigerante de vida eterna, mitigaron los ardores voluptuosos del mundo.

Y puesto que se nos ha dado la facultad de volar, excite en sí cada cual la gracia de Dios y, olvidando las cosas pasadas y apeteciendo las venideras, tienda hacia lo que nos está prometido (Filíp III, 13). Dejemos a un lado los honores terrenos, huyamos de los ardores del mundo, no nos ocurra lo que cuentan las fábulas, que, fundida por el calor del sol la cera de las alas de Jearo, no podamos volar. Aunque no haya que dar gran autoridad a esta fábula, con todo, nos quisieron declarar los antiguos con esta ficción poética que vuelan seguros los varones perfectos en medio de este mundo y que, por el contrario, la juventud alocada, expuesta al calor de las concupiscencias del mundo, al derretírsele las alas por olvidarse de la verdad, y deshecha la

https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

trabazón de sus buenas obras, se estrella contra el suelo con más grave daño suyo.

No todos pueden volar fácilmente; es también dificultosa la carrera de la vida humana por el choque de unas pasiones contra otras; mas si nuestros afectos no se hacen la guerra, entonces verá el profeta en nosotros aquella rueda única unida en la tierra con los cuatro animales; la volverá a ver Ezequiel; la verá todavía que tiene fuerza y que la tendrá. Verá, repito, la rueda en medio de la rueda caer sobre la tierra sin sufrir rotura (Ezequiel, I, 15-16). Verá rodar sobre la tierra nuestra vida natural, que gira adaptada a la inspiración de la divina gracia y ajustada en su carrera a los mandamientos evangélicos. La rueda, en cambio, que estaba en medio de la rueda es como la vida dentro de la vida; que no disuene entre sí la vida de las almas buenas, sino que cual hubiere sido la conducta de los primeros años ésa sea también la postrera, es decir, que morando en esta vida corporal vivan de la vida eterna.

Cuando ambas vidas marchen de consuno, entonces se realizará la palabra de la Escritura, entonces aparecerá sobre la semejanza del trono la semejanza como de la figura de hombre (Ezeq., I, 26). En este pasaje la figura de hombre es el Verbo, *porque el Verbo se hizo carne* (Juan, I, 14). Este hombre es el cochero de nuestros caballos, o sea, el que gobierna nuestros apetitos, el director de nuestra vida; el que unas veces, en razón de nuestros méritos, se sube al carro, otras veces al monte y otras a la nave; pero sube a aquella nave en que reman los apóstoles o en que está el pescador Pedro (Luc., V, 3 u sigs.), porque no es una nave cualquiera la que es guiada a alta mar (Mat., XVII, 1), es decir, la nave que es separada de los incrédulos. ¿Por qué se escoge la nave en la que se acomode Cristo, desde la que se evangelice a las turbas, sino porque esta nave es la Iglesia, que boga a velas desplegadas, movida por el soplo del Espíritu Santo y enarbolando el estandarte de la Cruz?

En esta nave es donde pesca Pedro: unas veces se le ordena que pesque con redes; otras, con anzuelo. Gran misterio. Parece se trata de pesca espiritual, en la cual se le manda echar al mundo el anzuelo de